



ARTE - HISTORIA FILOSOFÍA Y LITERATURA EN RELACION CON LA MEDICINA



LO PSICOSOMÁTICO EN LA «NUEVA FILOSOFÍA DE LA NATURALEZA DEL HOMBRE», DE SABUCO (SIGLO XVI)

por el

Doctor VICENTE PESET LLORCA

Valencia.

Ahora, que tanto se habla de Medicina psicosomática, parece oportuno recordar a uno de sus más notables predecesores, el bachiller Miguel Sabuco, actualmente aceptado como autor de la *Nueva filosofía de la naturaleza del hombre*, que apareció en 1587 firmada por su hija doña Oliva Sabuco de Nantes y dedicada a Felipe II. Es sabido que este libro ha venido siendo objeto de repetidas ediciones (1) y comentarios. Este gran interés, suscitado entre coetáneos y sucesores, ha de atribuirse, sin duda, a su teoría del jugo nervioso; otros creen más original su estudio de la acción de las pasiones sobre el organismo o sus ideas sobre la localización de las facultades anímicas. Posiblemente lo que más llame la atención del médico actual que lea este libro sea la doctrina de la compenetración de lo anímico y de lo corporal en la vida del hombre sano y enfermo; en suma, lo que hoy se ha dado en llamar psicosomático. Y éste es el aspecto de la obra de Sabuco que voy a comentar.

A sabiendas, pues, de que el programa psicosomático no queda agotado con ello, bastará, de momento, un somero examen de la forma en que resolvía los dos viejos problemas de cómo los procesos psíquicos pueden perturbar la salud y también restablecerla, dejando para un auténtico historiador de la Medicina el estudio más exhaustivo de la obra y su precisa significación histórica.

Desde tal punto de vista, el libro de Sabuco presenta un carácter sistemático evidente. Nos ofrece, por una parte, una determinada concepción psicofisiológica del hombre; por otra, las medidas a tomar en consonancia, para prevenir y remediar las alteraciones de su armonía. Muy explícitamente lo manifiesta en el *Diálogo de la vera Medicina*: «Tratando yo la naturaleza del hombre, resultó de ella claramente, y se vino allí nacida la vera medicina, que nace de la vera naturaleza del hombre, la cual, por no haber alcanzado los filósofos antiguos, erraron los médicos en sus fundamentos principales» (pág. 223). Nos encontramos, pues, ante un sistema médicoantropológico definido y sus consecuencias normativas lógicas. Ello justifica una somera visión de conjunto del sistema psicofisiológico de Sabuco. Para conseguirla, es interesante partir del hecho de que, como sus contemporáneos, defendía la localización del alma en el cerebro. Esta cuestión de la localización de las facultades del alma es materia de que se ocupan muchos médicos españoles del siglo XVI; así, Bernarcino Montañana de Montserrat, Andrés de León y Luis Lo-

bera de Avila. Según Sabuco, el cerebro tendría tres celdas: la primera, situada en la frente, sería el lugar del sensorio o sentido común; la segunda, lo sería de la facultad estimativa, y en la tercera, posterior, se guardarían las imágenes de lo pasado. Es probable que haya sido más sagaz Huarte, según el cual son necesarios los cuatro ventrículos; en el posterior se «cucen» los espíritus vitales para transformarse en animales y en los otros residen las facultades intelectuales; pero entendimiento, memoria e imaginación no se localizan cada uno en una celda, ya que cada una de estas facultades no puede actuar sin las otras, sino que «... todas tres potencias están juntas en cada ventrículo». (Citado según Torner.)

Pero el cerebro no es sólo sede del alma, sino el órgano encargado de la nutrición del organismo. En el sistema fisiológico de Sabuco se compara al hombre con un árbol invertido; sus raíces estarían formadas por el cerebro y su tallo por la médula espinal. En el cerebro se produce el *suco*, que se distribuye por todo el cuerpo siguiendo vías que no vamos a detallar; la misión de la sangre es sólo la de «regar» el jugo blanco y las partes del cuerpo, para ablandarlas y facilitar la asimilación. Como queda dicho, a esta teoría, que aquí queda sólo esbozada, debe Sabuco su celebridad; pero ahora no podemos discutir si, como defendía, entre otros muchos, Martín Martínez, se trata realmente de las mismas ideas que repitieron un siglo después Glisson, Willis y otros, o si, como ya apuntaba Chinchilla, y parece verosímil, se trata de teorías distintas. De una u otra forma, habría en el hombre dos armonías, de cuya concordia depende la salud: la principal, o del cerebro, y la segunda, o del estómago. Cuando se perturba la primera, cae la pía madre y se derrama y vicia el jugo cerebral, y se produce la enfermedad, interviniendo en ello otros mecanismos secundarios. Ocurre esto por dos clases de causas: unas, internas, que son los «afectos», y otras, externas (peste, mal de ojo, veneno, mudanza del suelo, de tiempo, engorde, etc.). Por el contrario, mantienen la salud del hombre tres columnas; dos de ellas son espirituales: la esperanza del bien y la alegría, y la otra, corporal, el «calor concertado de la armonía segunda del estómago». La evitación de aquéllas y el fomento de éstas constituyen la base del sistema médico de Sabuco.

Veamos ahora algo más de cerca cómo planteaba y resolvía nuestro autor la cuestión de la psicogénesis de las enfermedades. En primer lugar, hay que destacar que concede más importancia a los «afectos» que a las demás causas, como queda claro cuando afirma que Arnaldo se engañaba al decir que más mata la gula que la espada, y dice que «...es meaja el daño que

(1) La edición que tengo a la vista es la del doctor Martín Martínez (1728). Aunque no es obra difícil de encontrar, la antología y estudio del señor Torner es buena guía para quien desee más detalles (F. M. Torner: *Doña Oliva Sabuco de Nantes*. Biblioteca de Cultura española. Aguilar. Madrid. Sin fecha.)

«El comer hace al hombre en la armonía segunda del estómago en comparación del daño que hace el enojo, y pesar... y otros afectos en la armonía primera y principal del cerebro» (pág. 45). Por otra parte, esta acción patógena de los afectos no se limitaría a la especie humana, según demostrarían los ejemplos que cita, tomados de Plinio. Pero si tales consecuencias no son privativas del hombre, si que son más notables en él (y frecuentes: «de cien hombres, o cien mujeres, mueren los ochenta de enojo y pesar», pág. 12); y precisamente porque «tiene las tres partes del ánima: la sensitiva, con los animales; la vegetativa, con las plantas; la intelectual, con los ángeles, para sentir y entender los males y daños que le vienen de parte de los afectos del alma, que son los mayores, y los de la sensitiva y vegetativa» (pág. 5). El enojo, el pesar, etc., son, pues, «el principal enemigo, capaces de causar enfermedades que no padecen los animales, porque «sólo el hombre tiene dolor intelectual, entendido, de lo presente, pesar de lo pasado, temor, congoja y cuidado de lo por venir» (pág. 6).

El mecanismo en virtud del cual estos afectos ejercen su acción nociva está explicado en el título XXIV del *Coloquio de la naturaleza del hombre*, que dice así: «Como allí en el cerebro está el ánima divina, entendimiento, razón, y voluntad, y potencias del alma, llega aquella especie (imagen), que entra por uno de los cinco sentidos, tan aborrecida y contraria, y que tanto le duele al alma, que luego el entendimiento y voluntad la arrojan, y sacuden de sí, con movimiento de pía madre, no queriendo que aquello fuera en el mundo, arrojánla con tal violencia, que arrojan también con ella toda la sustancia, humedad y jugo, que sería la raíz del cerebro, para alimento, salud y vegetación de sus ramas, y para hacer su oficio la pía mater deséchala y arrojánla, como cuando a un animal le dan una cuchillada en el pie, y da muchas coces a menudo arrojando y desechando aquel dolor, y arrojará también el pie si fuera la materia blanda, y pudiera desahuirse, como acá puede el jugo, y humedad del cerebro; esto hace el ánima con el movimiento de la pía, que es la mano del ánima. Al orador, que subiendo a la cátedra a orar (en Roma) se le olvidó totalmente la oración que iba a decir, y el que en la enfermedad olvidó su propio nombre y el de sus esclavos, y el que olvidó las letras, y el que viniendo camino, un aire frío que le daba en el colodrillo, le hizo perder la memoria, fué que se le cayó, y corrió la humedad del cerebro, y con ella todas aquellas especies que en ella estaban situadas.» Consecuentemente se ocupa Sabuco de tales afectos patógenos, estudiando en títulos sucesivos las perniciosas acciones del enojo, pesar, ira, tristeza, miedo, amor, etc. Para ello se basa principalmente en ejemplos tomados de la Zoología y de la Historia con notable falta de crítica. En todo caso, lo importante no son los sucesos mismos, sino lo que hoy llamaríamos las correspondientes vivencias; y así, dice: «Conózcase el hombre en esto, que no solamente el enojo y pesar cuando es cierto y verdadero lo mata, pero aun también cuando es falso y fingido con sola la sospecha» (página 12). El papel patógeno de la imaginación es claro: «La imaginación es un afecto muy fuerte y de grande eficiencia; es general para todo; es como un molde vacío, que lo que le echan eso imprime. Y así, si la imaginación es de afecto que mata, también mata como si fuera verdad» (pág. 89).

En vista de todo lo dicho, la actitud terapéutica de Sabuco es lógica; la manifiesta explícitamente en el *Coloquio de auxilios o remedios de la vera Medicina* (página 137), que empieza así: «El principal y general

remedio de la vera medicina es componer el ánima con el cuerpo y quitar la discordia y descontento con las razones del segundo remedio, y confortar el cerebro con las tres columnas o empuentas que dijimos; las dos espirituales, alegría y contento y placer (que todo es uno) y esperanza del bien. Las cuales dos columnas, porque son espirituales del alma, no se pueden poner ni aplicar con otra cosa principalmente, si no es con palabras, aunque también se puede poner con obras exteriores, aunque sean fingidas y no de veras; de manera, que os doy la primera regla, que es ésta. El mejor medicamento y remedio es palabras y obras que en los adultos engendren alegría y esperanza de bien. Luego confortaréis el cerebro con la tercera columna, que es la confortación, y buen concierto de la segunda armonía del estómago con las cosas confortativas del estómago, y medicamentos que lo conciertan, como adelante se dirán. Confortase también la raíz principal del cerebro con sus confortativos, y especial con buen olor y música» (pág. 197). Aquel carácter principalmente dialéctico de la terapéutica de Sabuco resalta en varios lugares. Los ejemplos pudieran repetirse; mencionemos siquiera el aconsejado para combatir los efectos de la ira: la insinuación retórica (página 17): «Dícese insinuación, porque el que pone esta medicina se hace de la voluntad, seno y bando del agraviado, que quiere curar, y dice: ¿que ese agravio os hizo?, ¿esas palabras os dijo? De la paciencia que tenéis me espanto; yo no lo pudiera sufrir. Cuando ya está metido en el seno del agraviado y ya le da crédito, entonces pone dilaciones en el negocio, como: Señor, no hagáis cosa sin mí, mañana, o de aquí a tal hora iremos a tomar venganza. Y pasado aquel rato, vuelve la hoja, y dirás: Ahora, señor, miremos los fines en que pueden parar estas nuestras iras, que quien no mira el fin, no usa de razón de hombre; puédesse seguir este daño, y éste, que serán cuanto mayores, que el que tenemos... Y como ya le da crédito, por ser de su voluntad, y seno, luego a la hora lo toma y es persuadido.» A continuación reproduzco, para quien, con falta de crítica histórica encuentre demasiado ingenio el remedio, una lista de las técnicas de tratamiento moral de enfermos mentales usadas no hace más de cien años: aislamiento, condescendencia, pasiones, estratagemas, oposición, intimidación y retractación forzada, castigos, distracción y música.

Como queda apuntado, y ello es un mérito de la obra, no quedan abandonados los otros recursos terapéuticos, aunque sí en lugar secundario. Entre los no físicos figura en lugar preeminente la música, «la qual alegría y afirma el cerebro y da salud a toda enfermedad». Esta antigua creencia en las virtudes terapéuticas de la música, independientes de sus efectos lúdico-terapéuticos que hoy siguen interesando, persiste entre nosotros mucho tiempo. Todavía en 1844 el médico primario y principal del Hospital de Valencia, que entonces albergaba también enfermos mentales, solicitaba de la superioridad medios para la aplicación de tal procedimiento.

Una concepción psicofísica del hombre y un sistema terapéutico, acentuadamente dialéctico, en correspondencia con ella, era lo que me interesaba subrayar del libro de Sabuco. Ahora estamos en mejores condiciones para comprender estas palabras que figuran al principio de uno de sus diálogos. «¿Qué haces, médico, entregado todo al vientre? Limpia el cerebro, confortalo, alégralo; crea en él la esperanza del bien con palabras oportunas, quítale los graves cuidados, el tedio, el miedo, las tristezas y toda discordia del alma» (página 238).